

# Boyeros, bueyes y carretas

Guillermo Barzuna Pérez<sup>1</sup>

**T**an cerca a nosotros, como la imagen del “labriego sencillo”, la carreta y el boyero, han recorrido nuestra geografía y han transitado nuestra historia desde los inicios de la vida en la colonia, pasando por el periodo republicano, hasta nuestros días.

Debo reconocer que mi relación con este imaginario se remonta a la niñez cuando fue frecuente mi contacto con la carreta, en las escapadas veraniegas a las zonas rurales costarricenses. Mas adelante por los avatares de la profesión, el vínculo se daría con la literatura. Recuerdo referencias entrañables con el tema, en Carmen Lyra, Emilia Prieto y Arturo Agüero. Pero sobre todo me apasionaron los textos de Carlos Salazar Herrera y de Ernesto Cardenal que hacían referencia a la estética de la carreta y a la sociedad, ya lejana, en que el presidente caminaba a pie por San José junto a las muchachas que iban en carreta luciendo sus encantos.

Hoy estamos en este patrimonial espacio de nuestro Museo Nacional, presentado esta verdadera enciclopedia, de recopilación, análisis y

erudición en torno al boyeo y a la carreta, de las autoras Cecilia Dobles, Carmen Murillo y Giselle Chang. Estas tres investigadoras han abordado, en una forma rigurosa pero además creativa, el tópico de nuestro de nuestro distintivo y único patrimonio de la humanidad. Distinción que se ha concedido a Costa Rica, gracias al trabajo de ellas tres. Mi reconocimiento profundo a este trío de fecundas y laboriosas mujeres.

El texto resulta ser un compendio de la historia, la artesanía, los usos y costumbres, el cromatismo pictórico, los decires lingüísticos, la tradición y la vigencia, de esta manifestación cultural.

Considero que es un libro escrito con rigor y pasión. Las autoras muestran un amplio dominio de su disciplina en el ámbito de la investigación en las ciencias sociales. Pero también traduce una gran sensibilidad, gusto y aprecio por esta faceta del quehacer cultural costarricense: las condiciones laborales del boyero, la estética de los colores y el andamiaje de la carreta, las seduce y comparten su hermosa experiencia intelectual a lo largo de 498 páginas.

1 Profesor pensionado de la Universidad de Costa Rica.

Elas, se apropian de este patrimonio y lo comunican a sus virtuales lectores, con toda la simbología, historia, signos sociales y económicos de este imaginario, esencial en la comprensión de nuestra identidad cultural.

En el texto se investiga que es lo que realmente ocurre en el conflicto de significados y prácticas que se han observado entre los grupos sociales de una Costa Rica que se estudia desde los ancestros coloniales hasta la época actual.

Las autoras optan por describir y explicar la vigencia de aquellas formas en las que las “viejas costumbres” cambian de forma dinámica. No es una visión de la cultura popular como algo estático e intemporal. Su perspectiva no es un discurso nostálgico de lo que fue. En su lugar se remite en el estudio, a lo que fue, lo que ha sido y lo que es. Es una forma de concebir la modernidad, como un estado en el cual también se legitima la tradición. De ahí el planteamiento de modernidad en sus enunciados.

En el acercamiento sobre el mundo de la carreta y el boyero, dicha “modernidad” no necesariamente conlleva la eliminación de tradiciones y recuerdos premodernos, sino que más bien, surge de ellos, transformándolos en el proceso.

Por otra parte en la lectura del texto, he sentido que hay una base telúrica de apego a lo terrestre, a la naturaleza, que atraviesa toda la in-

vestigación. Es la historia narrada a través de animales, productos, maderas, seres humanos en estrecho vínculos con lo cotidiano, con nuestra flora y fauna; en un viaje constante que une al campo con la ciudad.

Por lo anterior es que considero, que además de haber aprendido mucho sobre el tema, mi lectura ha estado motivada por el despertar de los sentidos. Poco a poco, lo sensorial se va haciendo inevitable. Despierta lo auditivo en las descripciones en torno al canto y al golpeteo incesante de las ruedas. Se sigue lo visual a partir de toda la plástica y el cromatismo propio de la carreta. El tacto, el gusto, el olfato remiten a los productos que se transportan, los dichos, el habla popular, la gente, el entorno, los usos agrícolas.

Precisamente esta vivencia sensorial, nos convoca con la nostalgia, con la memoria histórica y nos hace ubicarnos en lo actual vigente.

Y es que los ejes semánticos que consolidan su escritura nos llevan a interrogarnos sobre el tema de la herencia y de la memoria colectiva así como de su necesario conservación.

Que es lo que debemos conservar-preservar. La respuesta es clara en el texto. Debemos conservar las expresiones intangibles y materiales que expresan nuestra naturaleza distintiva. Manifestaciones que permiten reconocernos frente a expresiones de otras latitudes. Y esas expresiones devienen a su vez de hechos cultu-

rales, de valores sociales. Atribuir un valor a esas expresiones es un ejercicio intelectual que trae consecuencias jurídicas (registro), administrativas (inventario) y técnicas (catalogación). Estas tres categorías necesarias en el análisis de temas patrimoniales: registro/inventario/catalogo se cumplen con gran eficacia academia en la propuesta que nos ocupa.

La cultura popular y nuestro patrimonio costarricense han sufrido transformaciones muy profundas en los últimos cincuenta años. Para bien y para mal.

Nuestras ciudades han sido maltratadas en su configuración urbana. No ha habido guerra ni terremotos de gran magnitud como en otros países. Nuestros muros patrimoniales han caído y siguen cayendo ante la indiferencia colectiva. Probablemente donde hoy día encontramos un estacionamiento en el casco central, existió un hermoso recinto arquitectónico.

Lo desaparecido, sean hechos de lenguaje canciones o edificaciones, lo tenemos que recordar ahora muchas veces por las fotografías, resguardadas en el archivo o en la Biblioteca Nacional. Ausencia de registros, de inventarios es lo que encontramos ante tantos acontecimientos culturales de nuestra historia patria.

Pero con esta investigación y con este gran aporte, la carreta y la figura del boyero están a salvo del olvido colectivo. Precisamente por haber

registrado todos los signos presentes en este hecho cultural es que la declaración patrimonial se hizo posible. Sin la declaratoria lo patrimonial puede ser vulnerable. Gracias Cecilia, Carmen y Giselle por este aporte a la conservación de nuestra herencia cultural y por incursionar en un campo de estudio, cada vez mas frecuente en torno a las expresiones y valores que dan identidad y dignidad a los diversos pueblos de planeta.